

Semiosis y psiquismo (breve reseña de encuentros y desencuentros)

Oscar QUEZADA

1. ALGO SOBRE FUNDAMENTOS Y FUNDACIONES

En los textos de fundación hunden sus raíces concepciones teóricas que luego, por motivos y/o razones difíciles de precisar, van apareciendo alteradas por proyectos interpretativos que, por decir lo menos, fueron irreflexivos respecto de una *sesuda meditación sobre el reconocimiento* de dichos fundamentos. No está de más recordar el inglés Ground, o el alemán Gründ, que remiten a lo que llamamos *suelo, piso o cimiento* sobre el que se asienta una construcción. En esos términos estaríamos haciendo alusión metafórica a quienes haciendo una minuciosa revisión de algún piso superior creen tener una idea clara de lo que es la estructura del edificio desde sus bases.

En principio, hablar de fundación incita a Verón al recuerdo de un objeto que encontró en casa de unos amigos.

*Se trataba de un cuadro cuya superficie vítrea, aparentemente lisa, no era tal: estaba en realidad constituida por pequeños surcos verticales, de manera que si se miraba esa superficie colocando los ojos al ras del borde superior o inferior, no se veía una línea sino un perfil dentado. Todos los lados interiores de los surcos orientados en un sentido contenían fragmentos de un dibujo y los lados orientados en el otro sentido, fragmentos de otro. Según la inclinación que se le diera al cuadro, era posible percibir uno u otro de los dibujos, con una infinidad de posiciones intermedias en que los dibujos se entremezclaban. Como el cuadro estaba colgado de una pared, era al mirarlo desde el costado izquierdo o desde el costado derecho que se tenía la imagen más nítida de un dibujo u otro. Al pasar delante del cuadro, se tenía la ilusión de un dibujo que se transformaba

progresivamente en el otro. Si por el contrario el observador se inmovilizaba exactamente frente al cuadro, sólo veía una mezcla confusa de ambos dibujos¹.

Del mismo modo, sea poniéndose en la perspectiva de la producción, o bien en la del reconocimiento, se obtienen modos de lectura diferentes del mismo texto de fundación: las condiciones de producción desde el simulacro histórico de la escritura contrastan con las de la lectura aquí/ahora. Asimismo, las posiciones intermedias, tanto desde el perfil de la producción como desde el del reconocimiento, dan cuenta de las indefinidas gradaciones y graduaciones de la interpretación. La mirada "frontal" del texto da una imagen nebulosa en la que se mezclan las dos lecturas.

En el presente artículo vamos a intentar sintonizar en el reconocimiento de tres paradigmas fundacionales del pensamiento sobre el signo. Dos de ellos adscritos en cierto modo a lo que en filosofía se denomina corriente pragmática y el tercero incrustado más bien en el desarrollo positivista y pre-estructuralista de la lingüística europea. Este triple reconocimiento condensado en sus líneas maestras tiene por objetivo detectar en qué medida quedan en estos modelos remanentes de presupuestos psicológicos y/o en qué medida invitan a la analogía o al encuentro con paradigmas teóricos que enfocan el problema del psiquismo en términos eminentemente discursivos (v.gr. el psicoanálisis lacaniano).

Ciertos textos fundadores, como el de Peirce, al ser radicalmente anacrónicos para su tiempo, se sumen, por su anticipación, en la oscuridad. El desfase en el tiempo se debe, pues, a planteamientos muy audaces tildados de excéntricos. Mientras tanto, en concordancia con la episteme de su tiempo, el texto de fundación de Saussure presenta a la lingüística como rama de la semiología, pero ésta, a su vez, debía pertenecer a la psicología general. Esa psicología no era otra que la instrumentalista y utilitaria de su tiempo. Los paradigmas de esta teoría psicológica eran, o bien, la propuesta estructural de Wundt basada en la concepción atomística de la química y de la física; o bien, la propuesta de la psicología gestaltista basada en la tesis del predominio de la forma sobre los elementos constituyentes. Tanto una como otra consideraban la mente y sus funciones como instrumentos al servicio del hombre. Al reconocer la irrupción de las psicologías del comportamiento, estructuralismos y gestaltismos interpretan al hombre mismo como instrumento al servicio de la producción de bienes. El hombre se equipara a un artefacto adaptable al sistema que lo emplea.

El objeto que da unidad al lenguaje, esto es, la lengua, vale como instrumento que sólo se concibe en función de su

utilidad sociocultural. La lengua es, antes que nada, instrumento para la institución social. Y aquí Verón es explícito al destacar la ascendencia de Comte y de Durkheim².

El psicoanálisis freudiano y su formalización lacaniana suponen un cambio de paradigma. Se da el salto sobre el psicologismo. El hombre y su lenguaje dejan de aparecer como herramientas (modeladas no se sabe por quién) al servicio de un sistema social tecnocrático y tecnicista. Se trata, ahora, de desbrozar la dimensión del deseo. El sujeto deseo irrumpe modelando (y modelado en la materialidad de) los significantes. El sujeto se estructura en y por el lenguaje:

"[...] el concepto es la cosa misma (...). Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas, primeramente confundidas en el *hic et nunc* del todo en devenir, dando su ser concreto a su esencia, y su lugar en todas partes a lo que es desde siempre. (...) El hombre habla, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre"³.

Y el símbolo no sólo existe, también crece.

En este nuevo contexto, entiende Peraldi⁴, "no son los lingüistas saussurianos (ni incluso chomskianos) y estructuralistas quienes ofrecen a los psicoanalistas una teoría del lenguaje congruente con su teoría del psiquismo y del inconsciente, sino el mismo Peirce. En efecto, este autor, a propósito del sujeto en relación con un mundo estructurado por su lenguaje, advertía que "el hombre no es más que un signo" y, como tal, está implicado en el continuo movimiento de traslación de los signos". Peraldi hace referencia, sin duda, a la "semiosis infinita" sobredeterminada por el hábito concebido como interpretante final. Los destinadores y destinatarios constituyen el espacio topológico del signo, su lugar de funcionamiento y de pasaje.

En esta perspectiva, los signos no son equiparables a monedas conservadas en el atópico tesoro de la lengua. En efecto, Saussure y la lingüística estructural, e incluso chomskiana, presentan teorías marcadas por una concepción dicotómica del lenguaje. No sólo el par significante/significado como anverso/reverso de una moneda, sino también el par lengua/habla tras el que se esconde la irresuelta esquizia entre lo social/mental (a la que pertenece la distinción abstracto/concreto) y lo individual, particular y material. También el par paradigma/sintagma (que en Saussure se equipara a existencia virtual *in absentia* vs. existencia actual *in praesentia* dejando irresuelta la cuestión del status material o formal del segundo término). Podemos continuar mencionando, además, otros pares binarios fundamentales como sustancia/forma, o el par competencia/performance al que se homologa el de

2. He recogido los lineamientos principales de este planteamiento de las certeras observaciones de Peraldi, François: "Prólogo", en: Peirce, Charles. *Obra lógico-semiótica*. Taurus. Madrid, 1987; y de Verón, Eliseo. *Op. cit.*, I. 5: I. 6 y I. 7.

3. Lacan, Jacques. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". En: *Escritos*. Siglo XXI. México, 1980 (vol. I), p. 96.

4. Peraldi, François. *Op. cit.*

estructuras profundas/estructuras de superficie, sin ahondar en la ambigua asimilación lingüística de la oposición denotación/connotación proveniente de la lógica, etc.

2. ALGO SOBRE (FALLIDAS) FUSIONES Y/O FUNDICIONES

En los albores de la moderna disciplina sobre el signo, hacia fines de los 60, abrumados por el entusiasmo inicial, muchos autores desestimaron la brecha teórica entre Peirce y Saussure tratando a ambos paradigmas como "corrientes" de una misma ciencia, cada una de las cuales albergaba distintas, mas no opuestas, tendencias. Se abrigaba así la ilusión de verdades unificadas en el corto plazo. Incluso se propuso un uso conciliatorio de los términos *Semiótica* y *Semiología*⁵.

Ahora bien, si asumimos que *Semiótica* o *Semiología* se enraizan en el concepto de signo podremos calibrar con justeza la fuente de tal proyecto de fusión. No obstante, el problema no reside allí puesto que para el llamado pragmatismo anglosajón, los signos son solamente el medium de la semiosis. Así, el objeto de estudio de la semiótica es la semiosis o acción de los signos. Como contraparte, para la semiolingüística de inspiración saussuriana los signos son el resultado o la manifestación de la semiosis.

3. IDEOSCOPIA, FENOMENOLOGÍA Y SEMIÓTICA

Peirce hace recordar a Lady Welby su costumbre de inventar nuevas palabras para nuevas ideas. Así, "la Ideoscopia consiste en la descripción y la clasificación de las ideas que corresponden a la experiencia ordinaria o que surgen naturalmente en relación con la vida ordinaria, sin tener en cuenta su validez o invalidez o su psicología". Luego, asumiendo una comprobación "tan verdadera como desagradable", encuadra todas las ideas en tres clases: Primeridad, Segundidad y Terceridad y explica a su destinataria su proyecto:

"Dando al ser el más amplio sentido posible, con el fin de incluir tanto las ideas como las cosas, e ideas que imaginamos tener, así como ideas que realmente tenemos, yo definiría la Primeridad, la Segundidad y la Terceridad de este modo: Primeridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, positivamente y sin referencia a ninguna otra cosa.

Segundidad es el modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa.

Terceridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, al relacionar una segunda cosa y una tercera entre sí.

5. Greimas A.J.
Entrevista en *Le Monde*
del 7/6/1974.

Designo estas tres ideas como las categorías cenopitagóricas.⁶

Resumiendo con cautela este párrafo autónomo, y ya inmersos dentro del continuo textual de la epístola, ergo, en las catálisis de las siguientes páginas, la primeridad es la idea del instante presente, la cual, exista o no, es pensada naturalmente como un punto del tiempo en que no se puede producir ningún pensamiento o separar ningún detalle. Así, las cualidades de la Primeridad son las del sentir inmediato, es decir, meras apariencias: fenómenos que existen independientemente de que sean o no percibidos o recordados. En este sentido, ni la atenuación ni la vividez de una impresión guardan correspondencia con la cualidad del objeto primero como tal, esto es, en tanto posibilidad positiva simple de aparición.

Prescindiendo de la idea de una intencionalidad, el tipo de idea de la Segundidad es la experiencia del esfuerzo que no puede existir sin la de la resistencia.

Ahora bien, la Terceridad indica, valga la desagradable pero irrecusable redundancia, que un tercero se relaciona con un segundo poniéndolo a su vez en relación con un primero. Un signo es una especie de Tercero. Evitando distinciones psicológicas, Peirce plantea que la función esencial de un signo consiste en volver eficientes las relaciones ineficientes: no ponerlas en acción, sino establecer un hábito o una regla general. Un signo es algo mediante cuyo conocimiento conocemos algo más. Exceptuando el conocimiento, en el instante presente, de los contenidos de conciencia en ese instante -conocimiento cuya existencia es dudosa-, todo nuestro pensamiento y conocimiento se da por signos. Un signo, pues, es

"un objeto que, por una parte, está en relación con su objeto y, por la otra, con un interpretante, de tal modo que pone el interpretante en una relación con el objeto que corresponde a su propia relación con dicho objeto"⁷.

De aquí Peirce destaca el carácter ternario de su tesis de modo indubitable:

"Es importante comprender lo que entiendo por semiosis. Toda acción dinámica o acción de la fuerza bruta, física o psíquica, o bien se ejerce entre dos sujetos (ya sea que ambos reaccionen igualmente uno sobre otro, o que uno sea agente y el otro paciente, entera o parcialmente) o bien es, en todo caso, la resultante de esas acciones entre pares. Pero por 'semiosis' entiendo, al contrario, una acción o influencia que es o implica una cooperación entre tres sujetos, como por ejemplo, un signo, su objeto y su interpretante, no pudiendo resolverse de ninguna manera tal influencia trirrelativa en una influencia entre parejas"⁸.

6. Peirce, Charles: "Carta a Lady Welby del 12/10/1904". En: *Obra lógico-semiótica*, p. 110-111.

7. Peirce, Charles : *Op. cit.*, p. 117.

8. Peirce, Charles. *Collected Papers* 5.484. Citado por: Eco, Umberto. *Los límites de la interpretación*. Lumen. Barcelona, 1992, p. 240.

9. Peirce, Charles. *Collected Papers* 5, 488. Citado por Eco, Umberto. *Ibid.*

10. Deely, John. *Basics of Semiotics*. Indiana University Press. Bloomington & Indianapolis, 1990, p. 23. [La traducción es de mi responsabilidad].

11. Peirce, Charles : *Obra lógico-semiótica*, p. 219 (C.P. 1.540).

12. Sercovich, Armando. "Introducción". En: Peirce, Charles. *Obra lógico-semiótica*, p. 8. [Las acotaciones sobre la intención escolástica, sobre Locke y sobre la Estética y Lógica kantianas, por la trascendencia explicativa que virtualmente tienen para la ampliación del tema, las he formulado yo, así como la extensión del influjo sustancialista de Wolff más allá de los límites de la logósfera filosófica germana].

de ahí que la semiótica sea "la disciplina de la naturaleza esencial y de las variedades fundamentales de toda posible semiosis"⁹.

En las acciones que no son la semiosis, físicas y psíquicas, los actores son correlativos y la acción entre ellos es esencialmente diádica y dinámica. Un carro no puede chocar contra un árbol si el árbol no está allí para ser chocado. Estas acciones están siempre envueltas en la acción de los signos, pero a su vez rodean a la semiosis como su contexto y condición. Así, mientras la acción de los signos envuelve siempre las interacciones dinámicas, éstas no siempre necesitan envolver la acción de los signos¹⁰.

En este contexto, el signo es el sujeto de la representación. Se sobreentiende el uso del inglés *subject* como "soporte" o "término" y no como "sujeto" en el sentido psicológico. El signo, el objeto y el interpretante son los soportes del proceso semiótico: "...límite la palabra representación a la operación de un signo o a su relación con el objeto para el intérprete de la representación. Al sujeto concreto que representa lo llamo un signo o representamen"¹¹. En este pasaje no sólo se da un uso estrictamente lógico de un concepto tradicionalmente cargado con investimentos de todo orden, sino también la sustitución de las visiones diádicas por un modelo triádico de la representación. Quedan despejadas las aristotélicas "fantasías" del intelecto o de la sensibilidad presentes como pasiones en el alma, la "impresión" incorpórea del *semainomenon* estoico, la "representatio" o el "phantasma" producto de la intención natural de los escolásticos, la "imaginación" cartesiana, las "ideas o esencias nominales" de Locke, la "aprehensión sensible" de Spinoza, la "correspondencia" de Leibniz, la "aprehensión general" en la estética y en la lógica kantianas y, por último, la "representación" (*Vorstellung*) sustancialista introducida por Wolff en la filosofía alemana y, de paso, europea¹².

Retomando nuestra disquisición, la filosofía peirciana de la representación se fundamenta en el *sujetosigno*, por ende, en la *mentesigno*, en el *pensamientosigno*; en suma, en el *hombresigno* como *medium* de la semiosis. De entrada, pues, se postula al signo o representamen como término de la semiosis en la que está simultáneamente relacionado con su interpretante (algún *pensamientosigno* que lo interpreta), con su "ground" o fundamento (algún aspecto o carácter que lo conecta con su objeto) y con el objeto mismo al que equivale (físico, ideal, imaginario o estado de un mundo posible). Un signo es algo que para alguien representa o se refiere a algo en algún aspecto o carácter.

El estatuto ternario de la semiosis fundamentada por Peirce comporta la eliminación de la psicología ya que todo

proceso concebido en términos binarios, es decir, como acción entre pares permanece fuera del campo del sentido. Sin entrar a profundizar este asunto diremos que, en esta semiótica (o lógica), la Terceridad, orden fenomenológico de la representación, tiene como correlatos semióticos un primero, un segundo y un tercero: por eso en la relación triádica que es un signo, es el representamen el que determina al objeto y al interpretante, y si se plantea que un objeto determina un signo es porque el objeto mismo, igual que el representamen y el interpretante, es un signo. De ese modo, a través de las leyes signicas podemos postular lo "real" (esto es, las cosas que no son signos) como algo que se hace y se deshace, se inventa y destruye, en el interior del tejido de la semiosis.

4. LA IRRUPCIÓN DE ORGANISMOS Y CONDUCTAS

El otro hito de la episteme anglosajona es Charles Morris. Este autor reconoce que Peirce "realizó un ambicioso esfuerzo para desarrollar una semiótica", pero a la vez entiende que "sus ideas se hallaban condicionadas por la forma en que los signos aparecen en las ciencias naturales, las matemáticas y la lógica formal"¹³. Un recorrido detallado por las cartas a Lady Welby o por los *Collected Papers* muestra una considerable cantidad de pasajes en los que Peirce sistemática y explícitamente habla de "evitar la psicología".

A pesar de las limitaciones formalistas que Morris ve en Peirce, en lo fundamental no discrepa con él en la formulación de la semiosis como una acción entendida, esta vez, como proceso, comportamiento o conducta de signos. "Se considera como semiosis (o proceso de signos) a una relación de cinco miembros -v, w, x, y, z- en la cual v motiva en w la disposición de reaccionar en una determinada forma, x, con respecto a determinado tipo de objeto, y (sin que éste actúe entonces como estímulo) bajo ciertas condiciones, z. Las v, en los casos en que se opera esta relación, son signos, las w son intérpretes, las x son interpretantes, las y son significaciones, y las z los contextos en que aparecen los signos"¹⁴. Para Morris, el intérprete es imprescindible: para Peirce es accesorio ante la autonomía formal del interpretante. A todo esto, Morris elude una definición de signo y prefiere reconstruir las condiciones bajo las cuales algo opera como signo. No hay signo por derecho propio, nada posee la "propiedad" de ser un signo. Se trata de un complejo behaviorista de relaciones entre algo y un intérprete que deviene interpretante en tanto está dispuesto a hacer denotar/significar a ese algo en una circunstancia dada. Los términos básicos se articulan, pues, desde el intérprete u organismo para el cual algo opera como un signo; ergo, es un

13. Morris, Charles: "La semiótica y algunas cuestiones de la filosofía contemporánea". En Alberto Corazón. *La significación y lo significativo*. Madrid. 1974, pp. 60-61.

14. Morris, Charles: "El signo y el acto". En: *La significación y lo significativo*. Op. cit., p. 14.

signo. El interpretante es sólo la disposición del intérprete para responder al estímulo provocado por un signo mediante ciertas secuencias pertenecientes a un complejo behaviorista. El denotatum permite llevar a cabo esas secuencias y la denotación es el hecho de que un signo denote un denotatum. Estas son las condiciones del significatum. La significación es el hecho de que un signo, al activar una secuencia conductual, termine significando un *significatum*.

Sobre este modelo, la crítica al mentalismo de las semióticas psicológicas descubre en éstas una propensión a identificar al intérprete del signo con entidades tales como el espíritu, el alma o la mente y, correlativamente, al interpretante con una especie o con un concepto o, más aún, representacionalistamente con una imagen mental. En base a esta crítica, Morris propugna una semiótica conductista según la cual el intérprete es un organismo y el interpretante es una secuencia de conducta (behavior). Indudablemente hay aquí una recuperación del cuerpo que enmarca la reflexión sobre la acción de los signos como biosemiosis. La episteme biológica se inserta permanentemente en los escritos de Morris; así, por ejemplo, recogiendo experimentos como los de von Frisch con abejas plantea que la danza que hace la abeja al regresar a la colmena para guiar a las demás congéneres a la fuente del alimento luego de haber encontrado néctar es un signo; las otras abejas, afectadas por la danza, son intérpretes; la disposición por parte de estas abejas para reaccionar en una forma determinada, es el interpretante; la clase de objeto respecto al cual las abejas están preparadas para actuar en esa forma es la significación del signo, y la posición de la colmena es una parte del contexto¹⁵.

15. Morris, Charles:
Ibid.

5. LA EXPULSIÓN DE LA MATERIA

Frente a estos modelos, a la larga pragmáticos en tanto conciben la semiosis de un modo o de otro como "acción de los signos", tenemos la tradición lingüístico-semiológica cuya fuente es el Curso de Lingüística General de Ferdinand De Saussure. Cabe notar que este autor no emplea el vocablo "semiosis"; no obstante, hace ver que

"los términos implicados en el signo lingüístico son ambos psíquicos y están unidos en nuestro cerebro por un vínculo de asociación (...). Estos dos elementos están íntimamente unidos y se reclaman recíprocamente".

Más adelante, estos términos, denominados ya *significante* y *significado*, aparecen como elementos constituyentes de un

conjunto llamado signo; esto es, como partes de un todo¹⁶. El desarrollo de la teoría del valor lingüístico, expresado con la metáfora de la hoja de papel cuyo anverso sería el significante y cuyo reverso sería el significado¹⁷, permite recalcar la indisolubilidad de la relación entre significante y significado y en el hecho de que ambos abarcan la totalidad del texto y no sólo sus lexemas aislados. Pues bien, la caracterización psíquica de los términos del signo expulsa la materialidad del sentido fuera de la lengua. Esta queda separada de la palabra. Al pertenecer al orden de lo individual y de lo contingente, el aspecto material del sentido es evacuado fuera de la lingüística. Acota Verón que:

"Este paso del sonido [material] a la imagen acústica del sonido forma parte del paso de los 'hechos de lenguaje' a la lengua. Como los hechos del lenguaje en general, el proceso de producción del sonido es extremadamente complejo (...). En la lengua, felizmente, sólo queda la imagen acústica. Pasaje de la multiplicidad heteróclita, desordenada, informe, de lo material, a la simplicidad de un objeto no material, de ciencia. En otras palabras: pasaje de algo material y complejo a algo simple y concreto"¹⁸.

Este tránsito descansa en el supuesto según el cual el orden de lo psíquico, atribuido a las imágenes acústicas significantes y a los conceptos significados, es el orden simple y homogéneo de un sujeto que sometido a lo social recibe el sentido como una herencia. Todas estas consideraciones dan pie a Louis Hjelmslev para recoger la dicotomía significante/significado redefiniéndola correlativamente como plano de la expresión/plano del contenido. En cada uno de estos dos planos del lenguaje distinguirá el aspecto material ligado a la manifestación y el aspecto formal ligado a la semiósis. Así, pues, la manifestación que hace presente la forma en la sustancia "presupone como condición previa la semiósis (o acto semiótico) que conjuga las dos formas de la expresión y del contenido antes, por así decirlo, de su realización material"¹⁹.

De este modo, si en la tradición anglosajona "del saque" se postula el signo como medium de la semiósis (reitero: la semiósis es la acción de los signos, ergo, signo es algo lógicamente anterior a semiósis), mientras tanto, en la tradición francesa, curiosamente consumada por un danés, la semiósis aparece como "operación productora de signos mediante la instauración de una relación de presuposición recíproca entre la forma de la expresión y la forma del contenido (en la terminología de L. Hjelmslev) o entre el significante y el significado (F. de Saussure)"²⁰; por lo tanto, la semiósis, en tanto operación productora (plano de la inmanencia), es lógicamente anterior a los signos que produce materialmente (plano de la manifestación).

16. Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*. Losada, Buenos Aires, 1977, pp. 128-129.

17. Saussure, Ferdinand: *Op. cit.*, p. 193.

18. Verón, Eliseo: *Op. cit.*, p. 90.

19. Greimas, A.J. / Courtés, J.: *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Gredos, Madrid, p. 251.

20. Greimas, A.J. / Courtés, J.: *Op. cit.*, p. 364.

6. NO HAY NADA NUEVO BAJO EL SOL

Con la expulsión de la materia, algo perdieron el sentido y el sujeto. El signo perdió el sonido de la palabra, la traza de la escritura, las luces y sombras cromáticas del cine. El sujeto perdió su cuerpo. El cuerpo a su sujeto. El trauma no es nuevo. Nos remonta al entredicho que enfrenta a Descartes y Locke. Aquel separó la mente del cuerpo. Este los mantuvo unidos. Saussure ubica corporalmente a los "hechos" del lenguaje: están en el espacio/tiempo, sometidos a las leyes mecánicas (físicas y fisiológicas) que gobiernan a la res extensa. Incluso el lenguaje mismo como que se pierde en la vorágine de las múltiples hablas o de lo público. La lengua mientras tanto es una realidad psíquica, por ende, mental. Sus relaciones opositivas y sus operaciones de formación no están sujetas a leyes mecánicas sino más bien al principio creador de la res cogitans. La lengua es pura forma que existe plenamente en la extraña dimensión "privada" de la "masa hablante" (lo social) o que existe parcialmente en la entraña privada del individuo (lo mental). Ahora bien, en esa realidad psíquica que es el signo como elemento de la lengua, el significante es aquella parte que puede devenir sensible objetivándose perceptiblemente mientras el significado es aquella otra parte que se define como una carencia o ausencia en el objeto perceptible que precisamente por eso deviene significante. En todo caso, esta ausencia o carencia remite a la parte que no puede hacerse sensible y que, de hecho, no es ni será sensible. He aquí la diferencia radical, clara y distinta, entre lo sensorial significante y lo no sensorial significado, entre presencia y ausencia. El signo, en tanto resultado, será la realización de la relación entre ambos términos ya que no existe uno fuera de su relación necesaria con el otro. Originariamente doble, el signo es, a la vez, señal y ausencia. En el plano teórico, a pesar de que el signo une, se puede detectar en Saussure un gesto cartesiano de separación, de deslinde entre lo que puede ser "tocado" por lo material/corporal y lo que se mantiene incólume en un estadio plenamente formal/mental aunque cabe aclarar que al tipificar a la lengua como instrumento de comunicación confeccionado con signos arbitrarios recusa la tesis de que la lengua deba representar una estructura de pensamiento que existiría independientemente de toda configuración lingüística (trátase, al modo comparatista, de una representación como función fundamental o, al modo de Port Royal, de una representación como medium para la comunicación del alma racional y universal de la palabra).

Así, pues, como consecuencia de este planteamiento, de algún modo tributario de la logósfera cartesiana, los seguidos-

res glosemáticos y funcionalistas de Saussure se orientaron a la reconstrucción teóricodescriptiva de los sistemas de signos determinando sus unidades mínimas, sus sistemas de oposición, sus reglas de combinación y formulando de un modo o de otro (más allá del debate sobre posibles isomorfismos) una semiología de las equivalencias postulables entre el plano expresivo de los significantes y el plano de los contenidos significados. Este análisis de los signos en tanto forman sistemas es, ya en el paradigma estructural generativo, la primera etapa de un proyecto que se dirige "hacia la descripción de las redes de articulación de las formas"²¹. Esta actitud epistemológica considera que "partiendo de presupuestos positivistas considerados como evidencias es imposible elaborar una teoría satisfactoria del referente"²². Como corolario de la teoría de Saussure se llega a la exclusión del referente y a su reemplazo por una semiótica del mundo natural en tanto el llamado mundo extralingüístico del "sentido común" está informado por el hombre e instituido en redes de significación. Un formalismo convencionalista se constituye como heredero de la semiología. No obstante, a estas alturas, el influjo fenomenológico ha llevado a romper el cordón umbilical con el maestro ginebrino en lo relativo a su psicologismo. Greimas y la llamada Escuela de París se acogen a una fenomenología declaradamente husserliana con la que se aproximan al sentido como aquello que fundamenta la actividad humana en tanto intencionalidad.

La herencia de Locke es otra. Como sabemos, él no era matemático sino médico. No podía aceptar bajo ningún concepto la existencia de ideas innatas ni la disjunción cuerpo/mente. Las ideas, formuladas como materiales con los que opera el entendimiento, tienen su origen en las sensaciones y en las reflexiones. Las palabras son sólo signos convencionales de las ideas (o esencias nominales) y, por consiguiente, su significación es perfectamente arbitraria. Locke plantea la necesidad de reconsiderar las ideas y las palabras como los grandes instrumentos del conocimiento esbozando (en los cinco párrafos finales, un poco más de la última página del *Ensayo sobre el entendimiento humano*) una doctrina de los signos o semiótica. La consideración de los medios del conocer y del comunicar en la perspectiva del significar, sagazmente sugerida, nos deparará otra suerte de lógica y crítica, de la que hemos conocido hasta ahora²³. Como señala Deely, la antinomia entre el punto de vista efectivamente adoptado al inicio del *Ensayo* como un todo y el posible punto de vista propuesto en su conclusión es, para la historiografía semiótica, un objeto digno de consideración por propio derecho²⁴. Sea como fuere, le queda a Locke el privilegio y el poder del bautizo,

21. Greimas, A.J./ Courtès, J.: *Op. cit.*, p. 378.

22. Greimas, A.J./ Courtès, J.: *Op. cit.*, p. 336.

23. "[...] la consideración de las ideas y de las palabras, en cuanto que son los grandes instrumentos del conocimiento, constituye una parte nada despreciable de la contemplación de quienes pretendan ver en toda su extensión el humano conocimiento. Y si esos instrumentos fueran objeto de una esmerada ponderación y de un estudio cuidadoso, quizá nos ofrecerían otra clase de lógica y de crítica, distintas a las que nos han sido familiares hasta ahora". Locke, John. *Ensayos sobre el entendimiento humano*. F.C.E. México, 1992, p. 728.

24. Deely, John. "John Locke's Place in the History of Semiotic Inquiry". En: *Semiotics 1986*. Lanham, MD: Ed. Jonathan Evans and John Deely. University Press of América. 1987, pp. 406-418. [La traducción es de mi responsabilidad].

25. Deely, John. *Basics of Semiotics*, p. 114. [La traducción es de mi responsabilidad].

26. Haciendo referencia a la deconstrucción del significado trascendental operada por Peirce mediante la infinita remisión de signo en signo, Derrida apunta que "Peirce considera lo indefinido de esta remisión como el criterio que permitiría reconocer que se trata de un sistema de signos. Lo que inaugura el movimiento de la significación es lo que hace imposible su interrupción. La cosa misma es un signo. Proposición inaceptable para Husserl, cuya fenomenología permanece, por tal motivo -es decir, en su 'principio de los principios'-, como la restauración más radical y más crítica de la metafísica de la presencia. La diferencia entre la fenomenología de Husserl y la de Peirce es fundamental.

"Si hoy llamamos a la doctrina de los signos 'semiótica' y no 'semiología', es en el breve y concluyente capítulo XXI del Libro IV del Ensayo de Locke donde debemos buscar la razón allí, y en la influencia que este capítulo ejerció en el joven pensador americano Charles Sanders Peirce, que leyó el Ensayo pero que hizo de su conclusión parte sustancial de su filosofía y de su trabajo de vida desde 1867 en adelante"²⁵.

La defensa que hace Locke de la impresión sensible, su materialismo hipotético y, sobre todo, la conclusión de que tanto las ideas como las palabras son signos, da pie a Peirce para correlacionar los sujetos (*subjects*) de la semiosis en términos de primeridad, secundariedad y terceridad sin distinguirlos clara ni distintamente sino más bien fusionándolos en la semiosis. Y es que una cosa es, en la perspectiva postsaussuriana de la Escuela de París, proponer una semiología exorcizando al positivismo y acogiéndose a una metafísica de la presencia (Husserl) y otra cosa es edificar una lógica semiótica a partir de una fenomenología, llamada también faneroscopia, para la cual la manifestación no revela una presencia sino que constituye un signo²⁶. No hay por qué evadir el entramado de acciones en el que cooperan la construcción de lo real, la producción de sentido y el funcionamiento de la vida social. El sujetosigno no es la fuente del sentido ni su depósito sino el punto de pasaje necesario en el flujo de la semiosis. Frente a la semiología de las equivalencias se erige la semiótica de las inferencias más propensa a simpatizar con los deslizamientos metonímicos desplegados en desplazamientos y replegados en la condensación de signos significantes ("acciones" que ayudan a tipificar al discurso en psicoanálisis).

Lo paradójico es que siempre ha habido psicologías englobantes al acecho de las teorías semióticas (la sombra de Wundt y de la Gestalt tras Saussure, la de un conductismo crítico en el que "está y no está" Skinner tras Morris). En esta circunstancia, parece como si Peirce en su obsesiva huida de "la psicología" tendiese a caer en una red de empatías con la modelización, también triádica, de Lacan.

7. LA RECUPERACIÓN DEL CUERPO SIGNIFICANTE: DEL ENREDO METONÍMICO CON LO REAL (ÍNDICE), AL ESPEJO (ICONO), A LA MATRIZ DE LAS FORMAS SEMIÓTICAS (SÍMBOLO)

A propósito de la semiosis indicial, Peirce planteaba el lazo existencial entre signo y objeto. Hay que pensar entonces en una compleja red de reenvíos regida por la contigüidad metonímica: parte/todo; centro/periferia; dentro/fuera; etc.

Verón llama al cuerpo significante, en tanto pivote de este funcionamiento, la capa metonímica de la producción de sentido²⁷. Verón recuerda a Piaget cuando reconoce que el cuerpo es el operador de esta tipología del contacto, cuya primera estructuración corresponde a las fases iniciales del periodo sensomotriz, anterior al lenguaje. Para comprender la naturaleza y el funcionamiento de esta capa metonímica recurriré a la distinción entre simetría y complementariedad propuesta por Bateson al describir tipos de diferenciación social entre grupos: cuando a un comportamiento dado se responde con una secuencia del mismo comportamiento se habla de simetría; por ejemplo, a la agresión con agresión, a una oferta con otra oferta. Cuando, por el contrario, ciertas conductas desencadenan como respuestas conductas de naturaleza diferente pero que tienen con las primeras un enlace específico de correspondencia, se habla de complementariedad.

En este último principio de diferenciación reposan relaciones tales como: dominación/dependencia; sadismo/masosquismo; exhibicionismo/voyeurismo; etc. ¿Seguridad? ¿Imaginario? Años después, Bateson repara en modos estructurales complementarios de interacción que conciernen a temas asociados, en primer lugar, con zonas erógenas: intrusión, invasión, exclusión, eyección, retención, etc.; en segundo lugar, con la locomoción y la mecánica corporal-soporte, equilibrio, levantarse y caer, control, alcanzar, asir, etc.; y en tercer lugar con los órganos de los sentidos y la percepción-comprender, ignorar, atender, etc. Además la relación progenitor/niño está por cierto ligada con los temas relativos a las zonas erógenas y con la problemática del territorio como extensión del cuerpo. No es ocasión de abundar en esto. Cabe decir, en suma, que

"la red metonímica de la producción de sentido tiene inicialmente la forma de una red intercorporal de lazos de complementariedad constituida por reenvíos cuya economía reposa en la regla de la contigüidad: el sentido de la conducta de demanda del niño se produce como reenvío a la conducta alimentadora o protectora de la madre [así como el sentido del comportamiento exhibicionista, por el que un cuerpo se muestra, se realiza en la mirada de otro cuerpo. Tenemos frente a nosotros una red de deslizamientos intercorporales, dinamizada por las pulsiones."²⁸

Ahora bien, en determinado momento comienza a funcionar una regla de similaridad y la red de los cuerpos actuantes se vuelve multidimensional postibilitando comparaciones y sustituciones por las que un mismo fragmento de conducta adquiere distintos valores significantes de acuerdo a una

pues concierne a los conceptos de signo y de manifestación de la presencia originaria de la cosa misma (la verdad). En relación con este punto, Peirce está sin duda más próximo al inventor de la palabra fenomenología: Lambert se proponía en efecto «reducir la teoría de las cosas a la teoría de los signos». Según la 'faneroscopia' o 'fenomenología' de Peirce, la manifestación en sí misma no revela una presencia, sino que constituye un signo. Se puede leer en los *Principles of Phenomenology* que «la idea de la manifestación es la idea de un signo». Por consiguiente, no hay una fenomenalidad que reduzca el signo o el representante para dejar brillar, al fin, a la cosa significada en la luminosidad de su presencia. La denominada 'cosa misma' es desde un comienzo un representamen sustraído a la simplicidad de la evidencia intuitiva. El representamen sólo funciona suscitando un interpretante que se convierte a su vez en un signo y así hasta el infinito". Derrida, Jacques: *De la Gramatología*. Siglo XXI. México, 1971, pp. 63-64.

27. Verón, Eliseo. «Corps Signifiant». En: *Sexualité et pouvoir*. Payot, Paris, 1978.

28. Verón, Eliseo: *La semiosis social*, pp. 142-143.

multiplicidad de secuencias diferentes. Ya no hay "univocidad" y cada secuencia de conducta deviene "lugar de paso" de una compleja pluralidad de reenvíos metonímicos. Así, cuando la regla de similaridad/no similaridad entra en composición con la regla de contigüidad se convierte en operador de desagregación de la red de los cuerpos actuantes que, de esta manera, se torna multidimensional en la medida en que se multiplican y entrecruzan las secuencias de comportamiento. Un sintagma conductual puede ser el punto de paso de varias cadenas comportamentales. La materia significante no es, pues, lineal, sino multidimensional.

Será el trabajo de "socialización" de la materia significante de los cuerpos (ayudado por operadores lingüísticos) el que producirá una linealización que transformará la red metonímica intercorporal en un conjunto ordenado de secuencias fijas de actividades socialmente aceptables (exceptuando casos de fracaso total -psicosis- o parcial -neurosis-). En efecto, a medida que progresa la "socialización", se producirá la nivelación del tejido multidimensional de remisiones intercorporales: ciertos recorridos serán prohibidos, ciertos deslizamientos caerán bajo la fuerza de la represión, ciertos trayectos serán privilegiados e incluso recompensados por los agentes socializantes y las unidades comportamentales irán perdiendo su polivalencia semántica.

No es este el lugar para profundizar estas tesis. Basta decir, a modo de resumen, que como corolario se descubre una serie de propiedades en esta red de remisiones indiciales que tienden a aproximarlas a la caracterización psicoanalítica de los procesos primarios. Por eso recuerda Verón que cuando Freud discute sobre las pulsiones y su destino, tratando de precisar la idea de transformación en el contrario, todos sus ejemplos corresponden exactamente a lo que Bateson tipifica como relaciones de complementariedad²⁹. Por otro lado, el

29. Verón. Eliseo. *Op. cit.*, p. 146. Hace alusión a la versión francesa de la obra de Freud, Sigmund: *Métapsychologie*. Gallimard. París, 1968.

30. Verón. Eliseo. *Ibid.*

"proceso por el cual el cuerpo significante se somete a la ley social resulta inseparable del surgimiento de la imagen del cuerpo propio, es decir, de la estructuración del analogon, así como de la intervención masiva del lenguaje: la constitución del cuerpo propio (en el sentido de propiedad) no es discernible de la constitución del cuerpo propio (en el sentido de lo correcto)"³⁰.

A todo esto, Eco señala que las reflexiones de Lacan sobre el estadio del espejo

"nos sugieren que percepción (o, al menos, percepción del propio cuerpo como unidad no fragmentada) y experiencia especular van a la par. Y he aquí que percepción,

pensamiento, conciencia de la propia subjetividad, experiencia especular, semiosis, aparecen como momentos de un nudo inextricable, como puntos de una circunferencia a la que parece arduo asignar un punto inicial³¹.

De todos modos, la estructuración de la imagen del cuerpo a la que se refiere Lacan implica la estabilización progresiva del espacio perceptual. En el fenómeno umbral del espejo donde se vislumbran los límites entre lo imaginario y lo simbólico, la mirada aparece como una bisagra entre el orden metonímico y el orden icónico. El modo de operación de la mirada es estructuralmente metonímico: se trata de un sistema de deslizamientos que sólo puede operar bajo la forma de trayectos. La mirada y el cuerpo significante comparten la misma estructura: se trata, en ambos casos, de un tejido de reenvíos compuesto de múltiples lazos entrecruzados. Antes de que se estructure la imagen del cuerpo propio, la mirada, prolongando y anticipando el contacto, se mueve al interior de la red intercorpórea de remisiones metonímicas. Las zonas de esta red asociadas a los contactos erógenos entranan trayectos (deslizamientos metonímicos) de fuerte carga pulsional. La intervención progresiva de las interdicciones provoca rupturas en los encadenamientos de la contigüidad intercorpórea originando suspensiones de recorridos. Es muy probable que estas rupturas, en tanto generan puntos de inmovilización en la mencionada red, se asocien al surgimiento de las imágenes. Esos puntos de suspensión se convierten en tópicos de anclaje de los que emerge lo figural. Fisuras de lo figural que posibilitan, a su vez, el surgimiento de los iconos como correlatos de las rupturas de los recorridos metonímicos. He aquí el rol "bisagra" que corresponde a la mirada:

...ella se sitúa exactamente en el punto de encuentro entre la suspensión de un trayecto, evento que se produce en el plano de la materia significante del cuerpo, y la inmovilización que da nacimiento al fantasma, la inmovilización que está en el origen de lo icónico. Este encuentro no parece separable de la censura: pensemos en el fantasma de la escena primitiva. Este proceso se completa en el estadio del espejo: la formación del cuerpo propio (cuerpo visible) implicada en el desdoblamiento del espejo, consagra la instauración de la distancia que separa la mirada de la figura mirada: a partir de ese momento, la mirada será una mirada 'habitada', localizada 'en mi cuerpo', separada para siempre del icono que vino a ocupar el lugar producido por la ruptura de la cadena metonímica. Este lugar será también ocupado, sin duda, por el cuerpo del otro³².

En consecuencia, toda imagen, por su relación con la mirada, es a la vez icono, figura aislable que obedece a la

31. Eco, Umberto. "De los espejos". En: *De los espejos y otros ensayos*. Lumen, Barcelona, 1988, p. 12.

32. Verón, Eliseo. *Op. cit.*, p. 147.

similitud del reconocimiento, a la sustitución metafórica, y a la motilidad de deslizamientos metonímicos. La red metonímica de contactos entre cuerpos será desgarrada en los puntos icónicos de fijación. Sobre este tejido "picado" se injertará la matriz simbólica del lenguaje. En la asunción jubilosa de la imagen especular se manifiesta la mencionada matriz en la que el yo se precipita en forma primordial. El lenguaje deberá restituírle su función de sujeto en lo universal ya que el dominio imaginario del propio cuerpo logrado gracias a la experiencia del espejo es prematuro respecto al dominio real: "el desarrollo no se produce sino en la medida en que el sujeto se integra en el sistema simbólico, se ejercita en él, se afirma en él mediante el ejercicio de un habla verdadera"³³. A final de cuentas, el pasaje de un nivel a otro, igual que el pasaje del sueño a su "relato", está afectado de indeterminación.

33. Eco, Umberto. *Op. cit.* (cf. nota 30), p. 13.

En esta perspectiva, Eco entiende que la restitución "en lo universal" debería ser propia de todo proceso semiótico, aunque no sea verbal. Más allá de la complicada discusión imaginaria que se podría generar entre Eco y Lacan creemos, con Verón, que estos tres órdenes del sentido no deben llevarnos a polemizar sobre tipos de signos. Remiten más bien a niveles de funcionamiento:

"los tres órdenes están presentes bajo diversas formas y en grados diversos, en cualquier discurso, aun dentro de los límites de la materia lingüística: en la palabra, las modalidades del decir permiten que el destinatario categorice al locutor por medio de operaciones de comparación analógicas, y el tono de la voz construye la naturaleza del contacto; en la escritura impresa, lo figural y lo metonímico aparecen tan pronto como prestamos atención al funcionamiento de la 'puesta en página'. La importancia de la articulación de los tres grandes órdenes se vuelve a fortiori crucial cuando consideramos 'paquetes' significantes complejos (postura gestual y palabra en los intercambios interpersonales; texto e imagen en los discursos mediáticos). Cuando leemos el diario, desentrañamos lo simbólico en el texto, interpretamos los iconos de la actualidad en las imágenes; y la puesta en página y las variaciones tipográficas definen el contacto. Cuando estamos frente al aparato de televisión, en el momento del noticiero, el locutor se dirige a nuestros mecanismos simbólicos por lo que dice, se ofrece a nuestra interpretación analógica por sus vestimentas, su estilo físico, sus modales (que asociamos a modelos psicológicos, sociales, culturales, etc.) y nos mira a los ojos, en busca de contacto"³⁴.

34. Verón, Eliseo. *Op. cit.*, p. 149.

En definitiva, a pesar de la esforzada (¿es forzada?) conciliación que hace Eco en varias de sus obras entre Peirce y Hjelmslev, hay que admitir el corte epistemológico que, como dice Peraldi, marca (tratándose ya del paso de Saussure a

Peirce) un punto de no retorno. Es del todo cierto que resultan asombrosas las semejanzas entre las categorías cenopitagóricas o fenomenológicas de Peirce y las categorías formuladas por Lacan a partir de la obra de Freud. A final de cuentas, con toda la cautela que ello amerita, no podemos sustraernos a la perplejidad y fascinación de tres posibles sintonías: lo real/primeridad. Lo imaginario/segundidad. Lo simbólico/terceridad [dimensión dentro de la cual, como orden de la representación, se construye la teoría de las formas semióticas]. Este diálogo de Peirce con Lacan no es otra cosa que el reconocimiento o la lectura de un complejo dibujo desde este costado del cuadro, aquí/ahora.